



Tamames, con Pin y García Añoveros, ambos de UCD. Detrás, Emarit Bono (PCR, Valencia). Hablan de la Ley sobre el Impuesto de las Personas Físicas.

ahorradores mínimos están cansados "con la tomadura de pelo del proyecto del Gobierno".

El ucdeco sevillano García Añoveros lo niega: "Aquí nadie ha pretendido tomarle el pelo a nadie, por ahora".

"Se supone que nunca", apostilla el presidente Álvarez de Miranda.

García Añoveros aduce la suprema autoridad de Garrigues (don Joaquín, el mercantilista, no el ministro).

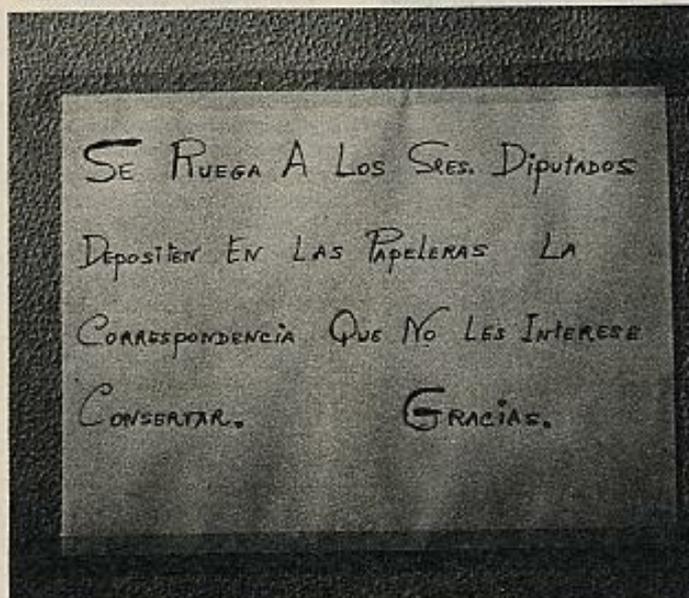
Y otro ucdeco sale en defensa de las acciones liberadas. Es, por supuesto, un liberal. Del partido de Garrigues (don Joaquín, el ministro, no el mercantilista). Se trata de Ruiz Risueño, hombre de Albacete: allí nacido, allí vivido, allí abo-

gado del Estado y allí diputado.

Risueño, con citas de Alberti (que seesteaba en las tribunas junto al profesor Curriel), quería asumir para sí y para el Gobierno todo el proyecto de reforma fiscal.

Nunca lo hiciera.

Lozano y Tamames gritaron en su contra. Y además el alcalde "in pectore" de Madrid contó, con su depurada y planetaria técnica de novelista, la triste historia de las "matildes". Aquellas acciones de la Telefónica a 480 duros en 1973 y hoy, tiradas como prostitutas viejas, a ochenta y seis duros y medio. Nunca el pequeño ahorrador se sintió más pequeño y menos ahorrador. ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



SE RUEGA A LOS SRES. DIPUTADOS
DEPOSITAR EN LAS PAPELERAS LA
CORRESPONDENCIA QUE NO LES INTERESE
CONSERVAR. GRACIAS.

A los diputados no les cuesta dinero tirar papeles al suelo.

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

LAS INCREDELIDADES

PARECE que el señor Rodríguez Sahagún, ministro de Industria, ha dicho que no cree en el desempleo. Es una postura completamente lógica, puesto que el desempleo no cree tampoco en el señor Rodríguez Sahagún. En el señor Rodríguez Sahagún cada vez se cree menos. Y, sin embargo, existe. Se decía que su entrada en el Gobierno era un paso a la derecha. Pero la derecha tampoco cree en el señor Rodríguez Sahagún. ¡Qué tiempo de incrédulos!

En cambio, en el desempleo cada vez se cree más. Sin contar con la Academia, que no lo admite en su diccionario. Desempleo es uno de esos eufemismos en que va empobreciendo el castellano, una cobardía del idioma oficial. Este pobre idioma que sufrió el asalto de los eufemismos y de los énfasis del franquismo sufre ahora los del interregno. Interregno es el "espacio de tiempo en que un Estado no tiene soberano", dice la Academia. (¿No diría mejor "lapso"? ¿Se puede referir el espacio al tiempo?) No es éste el caso concreto. Pero, ¿no estamos en un interregno de la soberanía popular, de las legislaciones fundamentales? Pues bien, este interregno denomina desempleo al paro. Paro obrero, obrero parado eran las expresiones castizas. Hay una forma de rechazar lo molesto, lo que no debe existir, y es cambiarle de nombre. No deben existir las basuras: llámémoslas residuos sólidos. La palabra sirviente es humillante: llámémoslas empleadas del hogar. La gente "chic" de la izquierda a veces pasa apuros de definición. No se atreve a decir mi criada, ni siquiera mi sirviente (Larra escribía "Yo y mi criado"), cuando ha de referirse a esa persona; empieza a no querer decir "mi empleada y ahora va empleando otro vocabulario: "la señora de la limpieza", o la forma misteriosa de "la señora que viene a casa". Pero ya no llama señora más que a esa persona. Se ha producido una discriminación inversa. Mientras, el castellano perece. Otros milindrosos de la izquierda temen ahora decir "provincia", temen decir "región". Enrojecen cuando tienen que referirse a eso. Prefieren, quizá, no hablar del tema. Para evitar el roce vocabulario. Y así les parece como si el tema se anulase.

La otra forma de apartar lo molesto es no creer. "Yo no creo en la lucha de clases", dice, de pronto, alguien. "Yo no creo en la división entre derechas e izquierdas"... Hay expresiones pintorescas y llenas de ternura. "Yo no creo en los no creyentes", dice un sacerdote. Porque a los ateos se les llama ahora no creyentes. Ateo, después de todo, es una palabra desagradable. Es mejor no creer en ellos... Yo conocí una dama, madre de un amigo mío, que no creía en los homosexuales. Simplemente pensaba que no podían existir. "Pero, ¿qué es lo que hacen entre sí?", preguntaba. Y como nadie se lo quería explicar con el detalle que necesitaba la cuestión, la dama mantenía su incredulidad en una cosa que le parecía tan absurda, tan imposible.

Quizá tampoco le explique nadie al señor Rodríguez Sahagún lo que hacen —lo que no hacen— los que están en el desempleo, los que están en el paro. Puede no creer en ellos. Es lo mejor que puede hacer un ministro de Industria. Si creyera en los obreros parados, tendría que darles trabajo. O dimitir. Lo primero no está a su alcance. Lo segundo no está en los usos y costumbres del interregno. Y en ese caso se quedaría parado. No tendría gran necesidad de acudir a la oficina correspondiente, porque los ex ministros tienen una pensión relativamente aceptable, que pagamos cuidadosamente todos los españoles, y porque tiene las suficientes industrias como para seguir permitiéndose creer o no creer sin un problema acuciante. El de comer cada día. Que es el problema del desempleado. Un problema ciertamente desagradable y en el que conviene no pensar. ■

POZUELO